

el Sr. Harthouse dándole un golpecito en el hombro, como para hacerle creer (lo que el pobre tonto hizo) que le imponía tal condición un muchacho despreocupado, que no quería abusar de la expansión de su agradecimiento — separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tom entró á comer, su pesadumbre no le impidió presentarse en el salón antes de que llegara el Sr. Bounderby.

— No he querido molestarte, Lu — dijo dando la mano á su hermana y besándola. — ¡ Sé que me quieres y yo también te quiero !

En el semblante de Luisa hubo, aquel día, una sonrisa para otro persona. ¡ Ay, dirigida á otra persona !

— Ello prueba que no es el mequetrefe quien sólo le interesa — pensó el Sr. Harthouse, cambiando la reflexión que hiciera al ver por vez primera aquella cara bonita. — No, no; no es él solo.

CAPÍTULO XXIV

EXPLOSIÓN

La mañana del día siguiente era demasiada hermosa para que se quedara uno en la

cama : por lo que James Harthouse se levantó temprano, yendo á sentarse junto al alféizar y fumar allí, á sus anchas, el tabaco rarísimo que ejerciera tal influencia saludable en su joven amigo. Dilatándose todo su ser, al calor de los rayos del sol, rodeado por el incienso de su pipa oriental, mientras el humo ensimismador se fundía en la dulce y rica atmósfera, cargada de perfumes primaverales, reflexionaba él sobre las condiciones ventajosas en que se hallaba, como un jugador empedernido cuenta sus ganancias. De momento no sabía ya lo que era el fastidio ; y por ello podía entregarse con atención á aquel cálculo.

Él y Luisa conocían un secreto, que ignoraba el marido ; un secreto que redundaba de modo positivo en la indiferencia de Luisa para con su esposo y en la incompatibilidad de caracteres que, desde el principio, existía entre ella y él. Ingeniosa y claramente habíale él probado que conocía su corazón, hasta en sus más delicados pliegues ; habíase aprovechado de su afección más tierna para acercársele, y ¡ qué progreso había hecho ! habíase colocado en medio de su único afecto, y la barrera tras la cual escondía su vida, se había bajado como por encanto. ¡ No era todo eso muy divertido y satisfactorio ?

Sin embargo, no había tenido hasta entonces idea de llevarla por mal camino. En interés del público y de las relaciones particulares, mejor hubiera sido, para honrar el siglo en que vivía el Sr. Harthouse, que la legión numerosa de taimados, de que él formaba parte, fuese francamente viciosa, en lugar de permanecer en la indiferencia y de remitirse á las ocasiones. Los bancos de hielo que se dejan arrastrar por la corriente son los que ocasionan más naufragios.

Cuando el diablo toma la figura de un león furioso, se muestra bajo una forma que es atractiva sólo para los salvajes ó los cazadores. Pero cuando se peina y enlustra á la moda, cuando está cansado del vicio y de la virtud, estragado por el azufre del infierno, como por los goces celestes, entonces hay que temerle, porque es el diablo en persona, el verdadero, ya se ponga á hacer de Maquiavelo en política, ya de D. Juan en el hogar doméstico.

James Harthouse estaba, pues, descansando en el alféizar, fumando con abandono, y no hacía mas que pensar en el camino por él andado, á lo largo de la ruta en que se lanzara casualmente. Estaba indicado de modo visible el fin que perseguía, pero no se tomaba la molestia de hacer ningún cálculo sobre él : *Che sarà, sarà.*

Como pensaba aquel día dar un largo paseo

á caballo, pues mediaban de allí algunas leguas hasta el punto en que se celebraba una reunión política, que debía ofrecerle ocasión de ensayarse en provecho de la pandilla Gradgrind, se vistió temprano y bajó á tomar su almuerzo. Era curioso ver en la mirada de Luísa que ésta le tenía en la consideración que le tomara el día antes. Hallábase en la misma situación en que él se colocara. Percatóse al punto de ello, al advertir la mirada, llena de interés, que le dirigió Luísa.

El tiempo no transcurría mal ni bien para el Sr. Harthouse, pero sí le dió cierto fastidio el empleo abrumador de aquella jornada, regresando á caballo hacia las seis. Entre la verja de entrada y la casa existía una avenida, de media legua de extensión, y avanzaba él al paso por el camino recto y lleno de arena, que perteneciera antes al Sr. Nickits, cuando el Sr. Bounderby se lanzó desde la espesura con tanta violencia, que el caballo espantadizo se corrió al otro lado del sendero.

— ¡ Harthouse ! exclamó el Sr. Bounderby — ¿ no sabe V. la noticia ?

— ¿ Qué noticia ? — preguntó Harthouse, apaciguando al caballo y mandando al Sr. Bounderby, desde el fondo del alma, á todos los demonios.

— ¿Es que no ha oído V. hablar de la cosa?
— Solo he oído á V., al caer aquí como una bomba, y hasta le ha oído este bruto, en términos de que se ha amedrantado. Nada más he oído.

El Sr. Bounderby, muy rojo y acalorado, se plantó en medio del camino, delante de la cabeza del caballo, para hacer estallar la bomba con más efecto.

— ¡ Han robado el banco !

— ¡ Ah, bah !

— Lo robaron ayer por la tarde ; lo robaron de un modo extraordinario ; lo robaron por medio de llaves falsas.

— ¿ Han robado mucho ?

El Sr. Bounderby, en su comezón de dar más importancia á la cosa, se amoscó por tener que contestar.

— ¡ Cáspita ! No ; no mucho. Pero podía haber sido así.

— ¿ Cuánto ?

— ¡ Oh ! Respecto á la suma, si quiere V. conocerla, no excede mucho de tres mil ochocientos francos — dijo Bounderby, con impaciencia. — Mas no se trata de la suma, sino del hecho en sí. Se ha robado mi casa de banca, y esto es lo que importa. Me sorprende que no lo vea V. así.

— Querido Bounderby — dijo James, poniendo el pie en el suelo y dando las riendas al criado — lo veo perfectamente ; y estoy tan aturdido como pueda desear V. por el espectáculo que acaba de ofrecer á mi espíritu. Sin embargo, espero que me permitirá felicitarle, y lo digo de todo corazón, por no haber experimentado V. mayor pérdida que ésa.

— Gracias — contestó Bounderby, en tono seco y poco amable. — Pero voy á decirselo. Podían robarme quinientos mil francos.

— No lo dudo.

— ¡ No lo duda V. ! ¡ Carape, tiene V. razón en no dudarle ! Por San Jorge — dijo el Sr. Bounderby, con movimiento de cabeza amenazador — podía perder dos veces quinientos mil francos. No sé lo que hubiera podido perder, si los ladrones no se hubieran alarmado.

En aquel momento se acercó Luisa, acompañada de la Sra. Sparsit y de Bitzer.

— Aquí está la hija de Tom Gradgrind, que sabe todo lo que hubiera podido perder, si V. lo ignora — sopló el huracanado Bounderby. — ¡ Ha caído como herida por una bala, caballero, al anunciarle yo la cosa ! Esta es la primera vez que le ocurre, que yo sepa, y en mi opinión le honra mucho, dadas las circunstancias.

Luisa estaba aún débil y pálida. James Hart-

house le ofreció el brazo ; y durante el camino, andado á paso lento, le preguntó como se había efectuado el robo.

— Iba á decírselo — exclamó Bounderby, dando el brazo á la Sra. Sparsit, con aire colérico — Si no hubiese sido V. tan curioso por conocer la suma, hubiera empezado por ahí. ¿Conoce V. á esta dama, que es una verdadera dama, la Sra. Sparsit?

— Tengo ya el honor...

— Muy bien. Y ¿á este joven, á Bitzer, no lo había visto también, en igual ocasión?

El Sr. Harthouse inclinó la cabeza, en señal afirmativa, y Bitzer saludó con su puño.

— Muy bien. Residen en la casa de banca. ¿Lo sabía V., quizá? Muy bien. Ayer tarde, á la hora de cerrar el despacho, arregló todo como de costumbre. En la sala de hierro, á cuya puerta se acuesta este individuo, había no importa cuánto. La pequeña caja del gabinete de Tom, destinada el recibo de los valores menores, contenía tres mil ochocientos y algunos francos...

— Tres mil ochocientos cincuenta y ocho francos noventa y cinco céntimos—dijo Bitzer.

— ¡Vamos! — replicó Bounderby, deteniéndose y volviéndose de frente. — Procure usted no interrumpirme. Bastante tengo con que me

hayan robado, mientras V. roncaba, por estar demasiado bien alimentado, y aun viene á interrumpirme con sus cincuenta y ocho ochenta y cinco. Cuando tenía su edad, no roncaba. No comia bastante para roncar. Y no interrumpía con el cincuenta y ocho, ochenta y cinco. No, nunca, aunque conociera la cifra exacta.

Bitzer llevó de nuevo el puño á su frente, con aire apesadumbrado, y pareció conmoverse y humillarse hondamente por el ejemplo de abnegación moral que le ofrecia la juventud del Sr. Bounderby.

— Tres mil ochocientos y algunos francos — repuso el Sr. Bounderby. — El joven Tom había cerrado esta suma en su caja, que no es de las más sólidas ; pero mejor hubiera sido pensar antes en ello. Se había dejado todo en buen orden. Durante la noche, mientras este individuo roncaba... Señora Sparsit ¿ no dice V. que le ha oído roncar?

— Señor — replicó la Sra. Sparsit — no puedo decir que le haya oído roncar precisamente y, por tanto, ne debo afirmar el hecho. Pero en las veladas de invierno, cuando se dormía en su mesa, le oí hacer algo que puedo considerar como una especie de sofocación. En varias ocasiones de esas le oí emitir sonidos

análogos á los de un reloj de pesas. No — añadió la Sra. Sparsit, con el aire soberbio de una mujer que conoce su obligación de hacer un relato estrictamente verídico — no quiero recriminar en nada el carácter moral de Bitzer. Lejos de ello, pues siempre lo he considerado como un joven imbuido de excelentes principios; y deseo que esta disposición pueda ser antes interpretada en su favor.

— Pues bien— repuso el irascible Bounderby — mientras roncaba ó sofocaba, ó imitaba un reloj de pesas ó no importa qué, durante el sueño, no sé qué clase de individuos ni cómo (hay que averiguar si estaban escondidos ó no en la casa) han penetrado hasta la caja de Tom y se han llevado el contenido. En un momento de alarma, han huído por la puerta de delante, que han vuelto á cerrar con dos vueltas (había sido cerrada así por Bitzer y la llave estaba debajo de la almohada de la Sra. Sparsit) con una llave falsa, recogida en la calle, cerca de la casa de banca, este mediodía. Nada se translució hasta esta mañana, en el momento que Bitzer, este joven, se levantó y empezó á abrir y arreglar los despachos, antes que llegaran los dependientes. Entonces, fijándose en la caja de Tom, vió la puerta abierta, la cerradura forzada y el dinero desaparecido.

— A propósito ¿dónde se halla Tom?— preguntó Harthouse, mirando en torno.

— Ha ido á ayudar á la policía en sus averiguaciones — repondió Bounderby. — Por eso se ha quedado allí, en la casa de banca. Quisiera que esos bandidos hubieran tratado robarme, cuando tenía la edad de Tom. Le aseguro que no les hubiera salido bien la cuenta, pues entonces no tenía un maravedís.

— ¿Se sospecha de alguien?

— ¿Si se sospecha de alguien? ¡Ya lo creo! Carape, — replicó el Sr. Bounderby, abandonando el brazo de la Sra. Sparsit, para enjugarse el rostro colorado. — No se roba el banco de Josué Bounderby de Cokeville, sin que las sospechas recaigan sobre alguien. No, no.

El Sr. Harthouse se permitió preguntar de quien se sospechaba.

— ¡Pues bien! — dijo Bounderby, parándose y volviéndose para encararse con todos. — Voy á decírselo. Pero no vayan á repetirlo por todas partes. No lo difundan, para no poner sobre aviso á los ladrones, que forman una cuadrilla. ¿Me prometen Vds. guardar secreto? Aguarden un instante. (El Sr. Bounderby se enjuga otra vez la frente.) ¿Qué diría V. (aquí el orador estalla con violencia) si hubiera un operario comprometido en esto asunto?

— Espero — dijo Harthouse, con tono des-
preocupado — que no será nuestro amigo Black-
pot.

— Diga *pool* en lugar de *pot*, caballero —
replicó Bounderby. — Es nuestro hombre.

Luisa dejó escapar una débil exclamación de
duda y de sorpresa.

— ¡Oh! sí. Ya lo sé. — dijo Bounderby,
cazando al vuelo esta protesta. — Ya lo sé.
¿Acaso no estoy acostumbrado á eso? Es la
mejor gente del mundo. ¡Sabido! Tienen la
lengua bien colgada, ¡quíá! Quieren sólo que
se les expliquen sus derechos : helo ahí en una
palabra. Pero voy á decirles lo que hay en ello.
Muéstrenme Vds. un obrero descontento, y será
capaz de todo. — Sí; de todo!

Era ésta una de las ficciones populares de
Cokeville, que se imbuyeron á la opinión, por
lo cual había algunas almas que lo creían sin-
ceramente.

— Pero yo la conozco, á toda esa gente —
prosiguió el Sr. Bounderby. — Leo en ella como
en un libro abierto. Usted puede confirmarlo,
Sra. Sparsit. ¿Qué advertencia hice á ese Black-
pool, cuando puso por primera vez sus pies en
mi casa, á la que vino con la intención delibe-
rada de enseñarme el modo de abolir la reli-
gión y dar una zancada á la Iglesia estable-

cida? Señora Sparsit, usted que, por razón de su
origen noble está al nivel de la aristocracia,
diga si dije ó no á ese hombre : usted no es
individuo que me guste; usted acabará mal.

— Es cierto, señor — respondió la Sra. Spar-
sit — usted le hizo una repulsa de esa índole, en
tono que debía causarle mucha impresión.

— ¿No es verdad, señora — dijo el Sr. Boun-
derby — que ofendió los sentimientos de V. ?

— Sí, señor — dijo la Sra. Sparsit, sacu-
diendo modestamente la cabeza — es verdad.
Aunque no pretendo que mis sentimientos sean
más delicados, bajo ciertos puntos de vista... más
torpes, si se prefiere esta expresión... como no
lo habrían sido, si hubiese ocupado siempre
aquí la misma posición actual.

El Sr. Bounderby fijó en el Sr. Harthouse
una mirada llena de orgullo, como diciendo :

— Soy el propietario de esta dama, y merece
toda su atención, así me permito creerlo.

Después siguió el hilo de su conversación :

— Usted recordará, señor Harthouse, lo que
le dije delante de V. mismo. No le mascullé las
palabras. No uso de contemporizaciones con
ellos. Les conozco, ¡vaya ! Pues bien, señor ¿qué
sucede? Que desaparece al cabo de tres días.
Se marcha sin que nadie sepa adonde va : como
hizo mi madre, cuando yo era un niño, con la